

# COMUNICACIÓN Y ACCIÓN EN EL ESCENARIO POLÍTICO

## *La opinión pública metropolitana ante la gestión del Presidente Kirchner (junio 2003 a marzo del 2004)*

### 1. La elección del caso

Para una gestión que lleva ya 10 meses —un plazo nada desdeñable para la convulsionada política argentina— acompañada con muy altos, diría excepcionales, índices de popularidad, resulta pertinente preguntarse por las razones de su éxito. Aún más sorprendente si se toma en cuenta que pocos meses antes de la nominación del actual Presidente el grueso de los argentinos recorría las calles golpeando cacerolas gritando “Que se vayan todos”.

No voy a realizar un examen comunicacional típico de dicho fenómeno; examen que, por supuesto, considero imprescindible y de sumo interés en este caso. Ignoraré tanto el análisis del contenido de los medios como los discursos formulados por Kirchner y sus colaboradores.

A cambio de estos enfoques atenderé a otro aspecto de la relación entre comunicación y acción política que considero complementario: el conocimiento o recordación por parte de la ciudadanía de las medidas adoptadas por el nuevo gobierno en esos 10 meses y sus opiniones al respecto.

La fuente que se empleará serán encuestas telefónicas semanales, realizadas por el servicio *Telenews* (TN) en el área metropolitana (Ciudad Autónoma de Buenos Aires y Conurbano Bonaerense) entre adultos residentes en hogares elegidos al azar y, posteriormente seleccionados según cuotas por sexo y edad. Dicho servicio mide la recordación de noticias y las opiniones del público sobre éstas. Normalmente se realizan 300 casos semanales, de tal manera que para muchos de los temas de actualidad se cuenta con una base de 1200 a 1500 entrevistas efectivas.

El abordaje propuesto gira en torno a dos grandes grupos de interrogantes. En primer lugar, la recordación espontánea de la gestión presidencial, es decir, lo que el gobierno hizo y en qué orden temporal lo hizo. En segundo lugar, cuál fue la reacción de la gente con

respecto a cada hecho percibido, incluyendo acontecimientos políticos que escapan al control de las autoridades.

Mi hipótesis es que resolviendo ambos interrogantes lograremos esclarecer en alguna medida las razones de por qué Kirchner es tan popular en estos días y, complementariamente, formular algunas conjeturas acerca de la posible evolución de su imagen en un futuro próximo.

Es probable que el lector se pregunte qué tiene que ver todo esto con el título de este artículo, es decir, con la indagación de los nexos y discontinuidades existentes entre la comunicación y acción política. Por un lado, justifico este abordaje a partir de que entiendo que el análisis de los mensajes y de las estrategias discursivas no permiten comprender la dinámica de la vida política si desatendemos a la recepción de aquellos. También considero una metodología adecuada, aunque no excluyente, las encuestas de opinión.

Sin embargo, la razón de este enfoque —cuya fundamentación reservaré para el final de este texto— es que considero que la gestión de Kirchner, debido a las peculiares circunstancias en que fuera nominado, se basó hasta ahora en el uso de ciertas formas de intervención política como mensajes destinados a acumular popularidad y poder. En este sentido, su estilo de comunicación en la acción difiere notablemente del modelo convencional del Presidente para el cual las relaciones entre comunicación y acción suele plantearse, ante todo, como contraste entre promesas preelectorales y gestión posterior.

## **2. Las circunstancias de la nominación de Kirchner**

La caída del Presidente De la Rúa fue provocada por una suerte de “pueblada” que tuvo mucho de espontánea. Fue una explosión que, afortunadamente, no derivó en un enfrentamiento violento entre facciones porque todos los sectores sociales coincidieron en rechazar a un gobierno que les había provocado graves problemas económicos y, de paso, a toda la clase política a la cual consideraban tan corrupta como inepta. En esa actitud coincidieron desde los desocupados, librados a su suerte por un gobierno indiferente hasta la clase media, despojada de sus ahorros por un conjunto de medidas “póstumas” adoptadas para contener la fuga de capitales. La consigna más repetida por la masa fue, como ya se dijera: “Que se vayan todos”. Consecuentemente, el desprestigio abarcaba a todos los

dirigentes políticos destacados pero de manera muy especial a los representantes de la Alianza, la coalición de la Unión Cívica Radical y del FREPASO que en 1999 hiciera posible el triunfo electoral de De la Rúa con el 48% de los votos (contra 38% del peronismo). En tales condiciones, lo previsible era que de realizarse elecciones, el candidato electo fuera un hombre surgido de las filas del peronismo.

El Presidente provisional Duhalde resolvió las disputas internas del Partido Justicialista de una manera, por lo menos, bizarra. Atendiendo la posibilidad de que alguno de los presidenciables del PJ se presentara por fuera del partido y a las encuestas, que daban como ganador más probable de una elección interna a Carlos Menem —al cual consideraba como un enemigo cuasipersonal— maniobró hasta lograr que el Congreso del PJ autorizase las candidaturas de todos los competidores, evitando así la realización de elecciones internas. Poco después, Duhalde, luego de algunas vacilaciones entre candidatos, manifestó en público su apoyo a Kirchner y convocó a elecciones generales.

Hacia el final del período preelectoral —entre enero y marzo del 2003— los candidatos más frecuentemente intencionados de voto eran cinco: tres afiliados al peronismo, Rodríguez Saá, Menem y Kirchner, y dos ex-afiliados de la UCR que habían decidido crear su propio partido y frente electoral, Carrió y López Murphy.

Las mediciones inmediatamente anteriores al momento de las elecciones presentaban un panorama por demás incierto; los cinco candidatos mencionados tenían intenciones de voto superiores al 10% e inferiores al 25%. Menem, Kirchner y López Murphy parecían ser los que más probablemente ingresarían en la segunda vuelta aunque, considerando los errores de muestreo, resultaba imposible pronosticar quiénes ocuparían los dos primeros puestos.

Haciendo a ese panorama aún más impredecible, los encuestólogos observaron hacia los dos meses inmediatamente anteriores al escrutinio —marzo y la primera quincena de abril— un fuerte repunte de Kirchner y de López Murphy que se produjo a expensas de los indecisos y, por ende, que no estaba acompañado por una baja de las intenciones de voto de los demás candidatos.

De hecho, Kirchner nunca fue un puntero neto de las encuestas y durante todo el período comprendido entre noviembre del 2002 y enero del 2004 se ubicó, junto con López

Murphy, entre los candidatos que parecían tener menor posibilidades de ingresar en el *ballotage*.

No obstante lo antedicho, el escrutinio de las elecciones de primera vuelta realizadas el 27 de abril del 2003 ubicó a Menem en el primer puesto con el 24,45% de los sufragios seguido de Kirchner con el 22,24%. Por detrás de aquellos se ubicaron López Murphy con 16,37%, Rodríguez Saá con el 14,11% y Carrió con el 14,05%.

Poco tiempo después, el 14 de marzo, Menem, inesperadamente, abandonó la contienda dejando así a Kirchner sin la legitimidad que le hubiera conferido ganar por la amplia mayoría de votos que por entonces pronosticaban los encuestólogos.

Sin duda, las circunstancias en las cuales le tocara asumir a Kirchner fueron muy poco favorables. Llegaba a la presidencia con el 22% de los votos, con una economía inmersa en los graves problemas financieros provocados por la cesación de pagos y la incautación de los depósitos, con un partido totalmente fragmentado entre bloques de poder sumamente influyentes y muy dispuestos a sabotearlo.

Por otra parte, debía atender a los reclamos de una sociedad duramente afectada por la pobreza y la desocupación que poco tiempo antes de su asunción había manifestado un absoluto desprecio por los políticos, los parlamentarios, los jueces y las fuerzas policiales. Para colmo de males, la devaluación había provocado un rebote inflacionario cuyo efecto sobre los salarios resultaba imposible compensar debido a la intensa competencia existente entre desocupados por acceder al mercado de trabajo. A lo anterior se sumaba también un incremento notable de los hechos delictivos, en particular de los secuestros y los robos a mano armada.

Otro factor negativo —cuyo peso se advertirá más adelante— era la existencia de un vasto movimiento de desocupados nucleados en diversas organizaciones, algunas de ellas de extrema izquierda, sumamente activas: los piqueteros. Este movimiento presionaba, y presiona actualmente, para lograr la mayor cantidad de subsidios y los mayores montos de estos realizando cortes de rutas y calles que transformaron la vida urbana en un caos permanente.

Sin embargo, dentro de la gravedad de la situación, cabe indicar la presencia de algunos procesos económicos que podrían haber contribuido a apuntalar la gestión del futuro Presidente. La moratoria con respecto a la mayor parte de la deuda externa daba de hecho un respiro a la autoridad económica. La devaluación, sumada al importante aumento de precios internacionales de algunos productos agropecuarios, reprimió las importaciones, estimuló las exportaciones y reactivó, paralelamente, al mercado interno. Todos estos fenómenos generaron un incremento de los ingresos tributarios, haciendo así factible el cumplimiento de las exigencias de los organismos financieros internacionales.

Por otra parte, el movimiento de los ahorristas fue perdiendo dinamismo y se desintegró hasta desaparecer de las calles a medida que distintas porciones de éste se resignaban a aceptar las modestas ofertas de compensación que les ofreciera el gobierno. También, pesó el hecho de que el Presidente provisional Duhalde lograra contener los reclamos de los sectores más afectados por la crisis poniendo en marcha, de la noche a la mañana, un programa de subsidios al desempleo que alcanzó a cubrir a más de 2 millones de personas (aunque dejara como herencia a los mencionados piqueteros).

Pero además de esos factores económicos alentadores —dentro de la gravedad del cuadro general descrito— deben agregarse otros de índole política, no menos importantes. Uno de ellos fue que las peculiares circunstancias de la nominación de Kirchner dejó éste en el centro del escenario, como único referente dotado de algún grado de legitimidad en un país de fuerte tradición presidencialista.

Otro elemento importante fue que —a despecho de la gravedad de la crisis del año 2001— no surgiera ninguna alternativa de extrema izquierda o de extrema derecha que ganara la adhesión de la masa. De hecho, la izquierda fracasó en las elecciones de abril del 2002. Todos los frentes electorales de izquierda, que pocos meses antes de las elecciones creían que había llegado su hora debido al caos institucional que provocara la crisis del 2001, incluyendo los votos en blanco que suelen ser considerados como manifestaciones de protesta contra los políticos, no sumaron el 5% de los sufragios.

La democracia argentina logró superar así, una prueba aún más dura que la que atravesara hacia el final de la presidencia de Alfonsín, cuando el país sufrió dos terribles oleadas hiperinflacionarias.

En síntesis, la misma gravedad de la crisis y la adhesión al régimen democrático podían ayudar a robustecer a Kirchner en tanto y en cuanto él lograra dar señales inequívocas, en el menor tiempo posible, de que era diferente a sus predecesores en la magistratura. No obstante, la tarea de ganarse a la ciudadanía no sería fácil y de hecho, muchos observadores políticos calificados, pese a manifestar su deseo de que al Presidente le fuera bien porque el país lo necesitaba, reconocían que ello sería por demás improbable.

### **3. Los índices de popularidad de Kirchner**

Los índices de popularidad que tomaremos en cuenta corresponden a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y al Conurbano Bonaerense, es decir, al sector urbano que por su composición socioeconómica y ubicación geográfica es el mejor informado de la población. Aquel que más interesa a cualquier experto de opinión pública dedicado al estudio de la coyuntura política.

Según los datos relevados, en estos 10 meses la tasa de “bueno” más “muy bueno” de Kirchner nunca estuvo por debajo del 70% y la tasa de “malo” más “muy malo” nunca llegó al 5%. Dicho de otra manera: hasta ahora el nivel de popularidad de Kirchner ha sido excepcionalmente alto y lo sumamente improbable se ha cumplido durante todo el período examinado.

Los consultores en opinión pública que realizan encuestas nacionales a intervalos regulares desde hace años, por ejemplo Mora y Araujo y González Fraga, coinciden en señalar que ese nivel de popularidad durante un período de casi un año representa una marca excepcional para cualquiera de los Presidentes que tuviera la Argentina en las últimas dos décadas.

Esa alta popularidad suele ser atribuida por los expertos al fenómeno denominado como la “luna de miel”, fenómeno que, a mi juicio, no es tanto el resultado de un arrobamiento sentimental como una suerte de crédito de confianza que el electorado extiende a cualquier Presidente durante los primeros meses de gestión (nadie sabe cuántos exactamente).

Sin embargo, cabe observar en el *Gráfico 1* adjunto que, luego de un momento inicial en el cual el índice de popularidad se situara en torno al 85%, éste cayó cerca de 10 puntos, para volver a ascender, luego hasta rondar en torno a los valores iniciales. Esto sugiere que

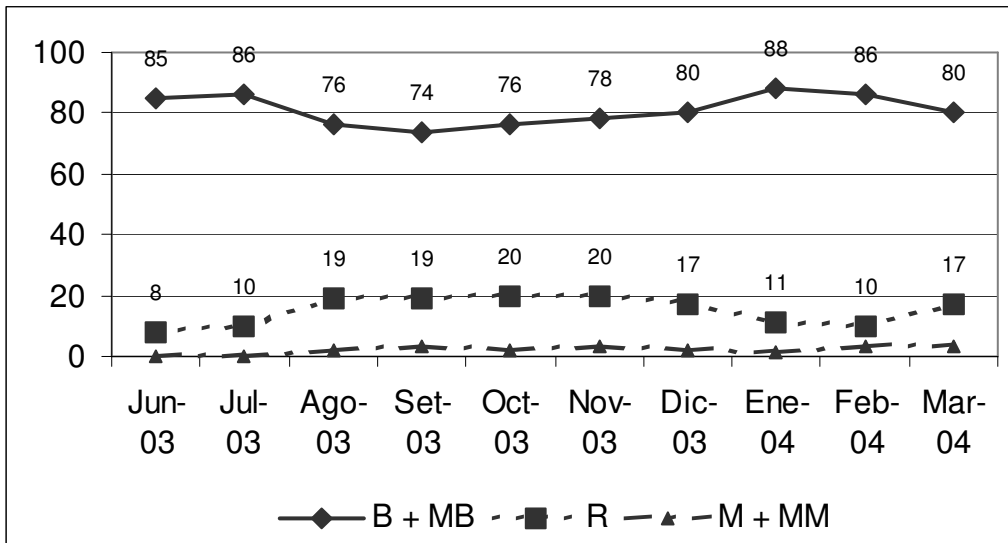
tampoco la “luna de miel” está exenta de variaciones menores dentro del alto nivel de popularidad que, normalmente, se concede a todo Presidente hacia el comienzo de su gestión.

Posteriormente, en los primeros meses de este año, la tasa de quienes evaluaron positivamente el desempeño de Kirchner se ubicó casi en el récord del 90% para caer hacia el término del periodo aquí analizados en el 80%. Esa última caída del índice de popularidad de Kirchner —también observada por los demás encuestólogos— correspondió al momento en que diversos medios caracterizaron como el fin de la luna de miel o, por lo menos, como el comienzo del fin; algo que no puede afirmarse con certeza pero que parece probable.

**GRÁFICO 1: Índices de popularidad de Kirchner en la región metropolitana para el total de los entrevistados**

Referencias: “B+BM” = Bueno y Muy bueno, “R” = Regular, “M+MM” = Malo y Muy malo

Fuente: TN

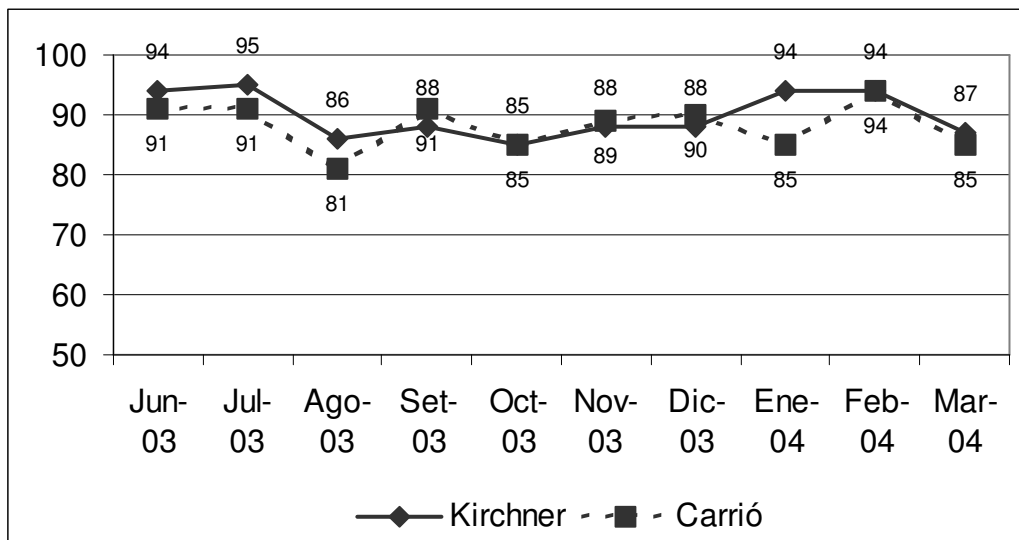


Discriminando dicho indicador, según el candidato votado en las últimas elecciones presidenciales se verifica que:

- Los menos entusiastas con respecto a Kirchner, hacia los primeros meses de su gestión, no fueron los votantes de los partidos opositores al peronismo sino los que habían optado por Menem o Rodríguez Saá.
- Los más entusiastas fueron, como era previsible, los votantes de Kirchner pero también los electores de Carrió.
- A lo largo de todo el período Kirchner, no sólo logró mantener la adhesión de sus votantes y los del Carrió sino también, a partir de fines del año pasado, de los que eligieron a los otros candidatos del peronismo. En cambio, perdió el favor de los electores de López Murphy pasando de casi un 90% inicial a valores situados en torno al 70%, hacia los primeros meses del 2003.

**GRÁFICO 2-1: Índices de popularidad de Kirchner en la región metropolitana para los votantes de Kirchner y Carrió**

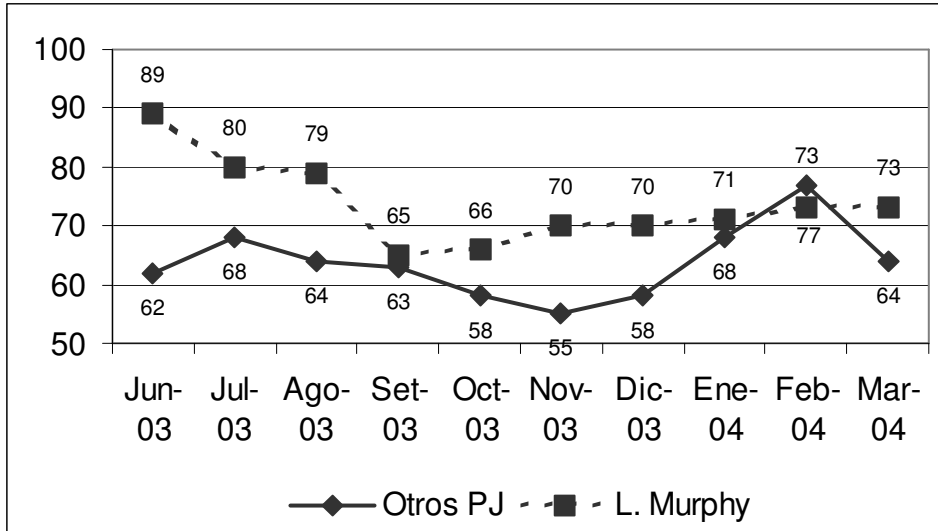
Fuente: TN





**GRÁFICO 2-2: Índices de popularidad de Kirchner en la región metropolitana para los votantes de otros candidatos del PJ y de López Murphy**

Fuente: TN



Si bien en la actualidad resulta por demás controvertido si las categorías de derecha e izquierda tienen algún significado —y en la Argentina ellas siempre han resultado especialmente engañosas debido al papel destacado del peronismo— puede concederse que las adhesiones y los rechazos suscitados por Kirchner en estos 10 meses de gestión lo ubican claramente a la izquierda. Según veremos más adelante muchos de los encuestados de TN piensan exactamente lo mismo.

#### 4. El shock de actividad

Aprovechando la alta expectativa que suele caracterizar los inicios de una gestión, Kirchner emprendió una serie de actividades personales que han venido capturando la agenda de la gente durante los primeros meses de su gestión.

Entre junio y agosto del año pasado muchos entrevistados de TN, sin duda abrumados por la multiplicidad de actividades realizadas por el Presidente, hacían referencia en general a sus presentaciones en público, sin detenerse a especificar a qué estaban refiriéndose.

Posteriormente, ese tipo de menciones globales desapareció en beneficio de recordaciones más detalladas.

Esas actividades de Kirchner con alta recordación comprendían: el mensaje que éste pronunciara durante la primera semana de junio, un viaje a Europa y otro a los EEUU y, en agosto, un segundo viaje a los EEUU. Incluso, la ausencia de Kirchner en la Sociedad Rural logró una muy alta tasa de recordación. A esta misma categoría correspondieron algunas visitas sorpresa que el nuevo Presidente realizara, por ejemplo a un geriátrico, así como su hábito de burlar la custodia para dialogar directamente con el público.

Muchas de esas presentaciones pueden ser calificadas, si se quiere, como gestos demagógicos. Es obvio que apuntaron a contrastar con la imagen estereotipada —que ya es parte de un libreto aprendido por el grueso de los argentinos— de un Presidente tipo que no se atreve a salir a la calle sin estar rodeado por una nutrida custodia. Además, es probable que la actividad febril apuntara a distinguirse con respecto a De la Rúa —permanentemente tachado de vacilante y pasivo— y del anterior Presidente radical Alfonsín. Ambos, hacia el final de su mandato, no sólo padecieron de soledad política sino también de parálisis y debieron abandonar la primera magistratura antes del vencimiento de sus mandatos.

## **5. Ajustes de cuentas con el pasado**

### **5.1. La “renovación” de la Suprema Corte de la Nación**

Paralelamente, el gobierno de Kirchner puso en marcha varias líneas de gestión que tuvieron gran apoyo de parte de la ciudadanía y dieron lugar a una cadena de acontecimientos de muy alta recordación. Una de esas líneas fue la renovación, por así decirlo, de la Suprema Corte de la Nación, un trámite particularmente complejo que sólo puede llevarse a cabo logrando que el Parlamento realice juicio político a los jueces y posteriormente los condene.

Dicha renovación fue emprendida por Duhalde pero éste debió retroceder ante las extorsiones de los magistrados. Sin duda, era algo por demás reclamado por el público, el cual asociaba a la Suprema Corte, sobre todo con la denominada “mayoría automática” de jueces digitados por el ex Presidente Menem, a los cuales consideraba particularmente venales. De hecho, la renovación de la Suprema Corte está beneficiando a Kirchner no sólo

porque satisface las demandas de la gente sino también porque elimina un bastión del menemismo que podía llegar a causarle en el futuro más de un dolor de cabeza.

Todas las alternativas del cambio de la Suprema Corte, —que comprendieron juicios políticos y condenas a los jueces preexistentes, así como la postulación y elección de los nuevos magistrados— tuvieron un alto impacto en la opinión pública y fueron consideradas como algo positivo por la mayoría de los encuestados de TN.

Incluso fue muy apoyado el nombramiento de jueces de género femenino; hasta de la misma jueza Argibay cuya postura a favor de la despenalización del aborto es ampliamente conocida por la población metropolitana. Además de los beneficios antes indicados esas postulaciones fueron un gesto de pluralismo que sin duda contribuyó a ganarse el favor de las mujeres.

## 5.2. **La lucha frente a la corrupción política**

Para un electorado más que convencido de la corrupción generalizada de la clase política, iniciar una ofensiva contra los personajes más odiados o las áreas de la administración pública consideradas más venales es siempre una forma de ganar popularidad. De hecho, De la Rúa había ganado las elecciones agitando esa bandera en contra del menemismo. Dentro de esa línea de acción de Kirchner se ubica la intervención del PAMI, llevada a cabo entre los meses de junio y julio del año pasado. Dicha intervención es un tema de gran repercusión popular puesto que esta entidad afectaba, prácticamente, al conjunto del nutrido sector pasivo de nuestro país. La corrupción e ineficiencia del PAMI eran hasta ese momento un tema permanente de la política argentina, desde que se iniciara el ciclo civil en el año 1983. Suponía además derrotar algunos aliados destacados del ex Presidente Menem.

El otro gran caso piloto fue el de los sobornos en la Cámara de Senadores ocurrido durante el gobierno de De la Rúa que en su momento provocara la renuncia del Vicepresidente Álvarez y que el grueso de la gente consideraba como un hecho que no solamente que había efectivamente ocurrido sino también que había sido deliberadamente tapado por los funcionarios de la Alianza y varios parlamentarios peronistas y radicales.

La reapertura de esa causa, que se produjo en diciembre del 2002, sin duda contribuyó a robustecer la imagen de Kirchner. Queda al lector decidir si la confesión del “arrepentido” Pontaquarto, que dio origen a ese acontecimiento, fue o no algo ajeno al gobierno pero sus consecuencias entran claramente dentro de la línea de gestión que aquí examinamos.

Nadie dudó de la veracidad de dichas denuncias como tampoco nadie dudó de ellas cuando se produjeron por primera vez. Si bien en este caso los directamente afectados fueron el ex Presidente De la Rúa, algunos funcionarios de la Alianza y algunos Senadores del PJ y la UCR, también manchó el prestigio, ya de por sí muy reducido, del Parlamento en general. Prácticamente, todos los entrevistados de TN señalaron durante el período de mayor exposición pública de este caso, que no dudaban que durante el gobierno de Menem también se hubiesen cambiado la sanción de leyes antipopulares por coimas a Parlamentarios, tanto Diputados como Senadores.

### **5.3. Las Fuerzas Armadas y la violación de los derechos humanos**

Otra medida particularmente impactante del nuevo gobierno —debido a que para todos resultó inesperada ya que hacía varios años que las Fuerzas Armadas se habían retirado del escenario político— fue la política de Kirchner hacia esa institución y hacia las violaciones de los derechos humanos ocurridas durante el Proceso.

Kirchner inició su gestión descabezando la cúpula de las Fuerzas Armadas, las cuales aceptaron esas medidas sin manifestar abiertamente molestia alguna. Demás está decir que esa cirugía mayor gozó de gran aceptación entre la ciudadanía. Posteriormente, a partir de agosto del 2003, y a instancias de algunos jueces europeos que exigían que se juzgara a los militares acusados de haber asesinado a sus compatriotas, puso en marcha una política en materia de derechos humanos diametralmente opuesta a la de Menem, De la Rúa y en parte a Alfonsín.

Así como la intervención del PAMI y la renovación de la Suprema Corte han venido siendo un fuerte motivo de diferenciación del menemismo y, por otra parte, la reapertura del escándalo del Senado de diferenciación con respecto a De la Rúa y los parlamentarios en general, la política de revisión de los juicios a los militares representa un ajuste de cuentas con el Proceso y el terrorismo de Estado. También con las leyes de Punto Final y

Obediencia debida y con el indulto a las cúpulas militares, realizado por decreto por el Presidente Menem.

Otra ventaja de esas decisiones fue que demostró a las claras que los militares habían dejado de ser un factor de poder en este país; terminó de enterrar a un protagonista fantasma heredado de siglos anteriores de historia argentina.

#### 5.4. El “izquierdismo” de Kirchner

El colapso financiero del año 2001 demostró el fracaso del modelo económico neoliberal que Menem instaurara hacia la década del 90. Ese colapso no solamente afectó a todos los principios económicos que los argentinos aceptaron durante una década, cuando la propaganda oficial les decía que la Argentina ya había ingresado al Primer Mundo. También arrastró consigo a todos aquellos valores asociados a la política de “relaciones carnales” con EEUU que adoptara la Argentina durante la década del 90.

De tal manera, el giro que el Presidente Menem imprimiera al país quedó súbitamente cancelado y reaparecieron en el escenario político los viejos reflejos estatistas, nacionalistas y antimerca a los cuales adhirieron durante siglos, no sólo el peronismo sino todos los partidos políticos de masa existentes en nuestro país.

En este contexto, Kirchner se ubicó adoptando un discurso fuertemente antiFMI, antibanqueros y antibonistas que, sin duda, impactó en una ciudadanía acostumbrada a que sus primeros magistrados se ubiquen a la izquierda durante la campaña electoral y giren a la derecha apenas asumen.

La gente cree, efectivamente, que Kirchner es de izquierda; ésto lo prueban las mencionadas encuestas de TN. Además, recuerda y apoya los desplantes del Presidente ante los EEUU, por ejemplo, el negarse a votar contra Cuba en la próxima asamblea de la OEA, no enviar tropas a Irak y no llevar a cabo maniobras militares conjuntas entre el ejército de ese país y el nuestro.

La ya mencionada política en materia de derechos humanos, una bandera más frecuentemente agitada por la izquierda que por los demás partidos, contribuyó también a robustecer la imagen izquierdista de Kirchner.

A mi parecer, esa orientación contribuyó a enajenar la buena voluntad de los votantes de López Murphy, es decir, que si bien robusteció la popularidad del Presidente en el conjunto de los argentinos, tuvo sus costos políticos.

## **6. Terrenos minados**

Dado el extraordinario nivel de popularidad de Kirchner resulta imposible observar áreas de su gestión acerca de las cuales una porción importante del público metropolitano se manifieste disconforme. Sin embargo, resulta factible identificar algunos problemas colectivos con respecto a los cuales, después del shock inicial que provocara el Presidente con sus múltiples decisiones, las tendencias de la opinión pública indican que el gobierno nacional podría llegar a perder la batalla de la opinión pública en un futuro próximo.

A dicho terreno minado corresponde, en primer lugar, una categoría de temas como la seguridad que no sólo depende del nivel de eficiencia de la justicia y de la policía sino también de factores estructurales como el desempleo y cuya erradicación puede requerir décadas. Se trata, en fin, de demandas perentorias de parte de la gente que normalmente dan lugar a grandes frustraciones.

También puede observarse un segundo caso que comprende problemas sociales con respecto a los cuales la aceptación de las políticas gubernamentales tiende a ser cada vez más problemática debido a que las preferencias de la ciudadanía se van polarizando o bien, son, desde el vamos, muy heterogéneas. En ambas circunstancias, las medidas gubernamentales terminarán provocando molestias en algún segmento cuantitativamente importante de la opinión pública. Ejemplo de este género de *issues* son las actitudes hacia los piqueteros y el rubro sumamente crítico de las negociaciones con el FMI.

### **6.1. La política de seguridad**

La administración Kirchner arrancó también en este terreno con medidas inesperadas e impactantes. En junio tuvo gran repercusión y aceptación el cambio de la cúpula de la Policía Federal y en octubre la expulsión del jefe de esa fuerza acusado de corrupción. Paralelamente, impulsó un acuerdo con el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires para poner en marcha un operativo contra los secuestros. Se respondía así a la segunda gran demanda de la ciudadanía argentina —la primera es el desempleo— de una manera

diferente de la hasta entonces adoptada por sucesivas administraciones, consistente en endurecer las penas y hacer la vista gorda ante la corrupción policial.

Sin embargo, durante todo ese período —a veces con inusitada intensidad debido al carácter notorio de las víctimas de los secuestros— arreció la sensación de inseguridad. Este hecho, junto a las dificultades inherentes de erradicar la delincuencia en un país con una alta tasa de desocupación y con fuerzas de seguridad corruptas que no pueden ser depuradas en pocos meses ha ido diluyendo el impacto positivo de las medidas antedichas. Hasta el momento de redactar este trabajo, mes de marzo, la opinión de la población metropolitana acerca de la política de seguridad del gobierno nacional era más frecuentemente positiva que negativa pero la tasa de quienes apoyan al gobierno en este terreno ha venido cayendo sostenidamente.

Existen problemas macrosociales, los que antes solían denominarse como “estructurales”, que requieren de tiempos largos y/o de apuestas de alto riesgo, o de mucha suerte, para resolverlos. Esos tiempos, a menudo, no suelen coincidir con los plazos internos de los votantes, especialmente, si ellos están sumidos en la inseguridad física.

## **6.2. El control de los piqueteros**

Durante el período del “que se vayan todos”, los piqueteros y, en general, los beneficiarios de los subsidios de desempleo, fueron considerados víctimas del modelo neoliberal y aliados del conjunto de la población en las manifestaciones contra la clase política.

Posteriormente, tal como lo indican los datos registrados por TN, el caos urbano provocado por los cortes que realizaban, y algunos incidentes violentos de muy baja intensidad así como la creciente desmovilización de los ahorristas, provocaron un creciente aislamiento de los piqueteros.

Hace pocos meses, la actitud de la población hacia este movimiento no estaba exenta de cierta ambigüedad: una mayoría relativa de encuestados consideraba que el gobierno debía endurecer su actitud para con ellos pero no estaba dispuesta a aceptar que se los reprimiera.

En los meses posteriores la opinión local fue variando de tal manera que la mayoría absoluta está ahora pidiendo la intervención de la fuerza pública.

Hasta el presente, el gobierno ha atendido a ese problema manteniendo el costoso sistema de subsidios montado por el Presidente Duhalde y a la vez evitando reprimir. Su actitud es exactamente aquella que corresponde a la posición inicial de la ciudadanía. Pero es obvio que esta línea política está condenada al agotamiento.

Naturalmente, siempre queda la posibilidad de que los piqueteros, por miedo a quedarse solos, decidan cambiar de tácticas de protesta como ya hicieron amplias porciones de este multiforme movimiento. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que el aislamiento y la fragmentación pueden impulsar a los sectores más duros a emprender el camino paradójico de protestar con más frecuencia y mayor violencia cuanto menos personas los secunden.

En síntesis, éste es el caso de una actividad política moderada, estrictamente ajustada a lo que dicen las encuestas, que corre el riesgo de fracasar por la polarización de la población.

### **6.3. El FMI y la renegociación de la deuda pública en *default***

Sin duda, en un país permanentemente monitoreado por el FMI al cual las circunstancias han llevado a acumular una deuda pública astronómica a cambio de la cual sólo obtuvo desocupación y pobreza, tanto los organismos financieros internacionales y los bancos como los inversores externos, no pueden ser figuras populares.

Por otra parte, el rechazo al capital “foráneo” —como diría Perón— y al FMI, que ya era un “cuco” de la política argentina hacia los años 50, incorporado por Kirchner en sus discursos, representa no sólo una respuesta a la actual coyuntura sino un *revival* de algunas de las más viejas tradiciones ideológicas de la Argentina.

Los datos de los sondeos realizados muestran a las claras que la actitud del Presidente ante el FMI y los acreedores externos es por todos conocida y goza de muy alta popularidad.

No obstante, esos mismos datos demuestran que la población metropolitana tiene muy en claro que el FMI y los bancos internacionales son sumamente poderosos y tiene temor a las consecuencias que pueda acarrearle a nuestro país el quedar aislado del mercado mundial. A consecuencia de lo dicho, en todas las ocasiones en que el directorio del FMI renovara su acuerdo con la Argentina, la mayoría absoluta consideró a ese hecho como algo



positivo. Evaluó favorablemente estas renovaciones aunque cerca de la mitad de los encuestados opinó que era el gobierno y no ese banco era la parte que más había cedido en la negociación y también, que el cumplimiento de esos acuerdos podía provocar una recesión.

También se verifica que una porción relativamente importante y creciente de los ciudadanos considera que la economía argentina no puede crecer sin inversiones externas y que el país no puede recibir éstas sin arreglar previamente con los bonistas. Estas actitudes de temor ante la comunidad financiera crecieron en el mes de febrero del 2004, luego de conocerse las declaraciones del Grupo de los 7 instando a la Argentina a negociar con sus acreedores y de que las autoridades del FMI manifestaran dudas a propósito de renovar el acuerdo con el país.

Tenemos aquí el caso de una línea política exitosa en términos de popularidad pero que debe enfrentar resistencias por parte de una porción importante de la ciudadanía la cual, por añadidura, no es inmune a las presiones externas. Para el conjunto de la opinión pública local dicha política es hasta ahora aplaudida por una mayoría que considera negativamente al FMI pero que no obstante, respira aliviada cuando éste renueva su acuerdo con el país.

## **7. Estrategias discursivas y acción política**

Cuando se habla de las relaciones entre comunicación y acción política estamos dando por supuesto que existe una brecha tanto como un nexo cuasicausal entre pronunciar discursos públicos o elaborar avisos de propaganda y tomar decisiones desde el Estado. Aceptemos por un momento dicha discriminación que pertenece al sentido común del grueso de los ciudadanos, los cuales dan por sentado que los políticos no siempre hacen lo que dicen hacer o lo que prometieron hacer.

La más clara manifestación de esa separación, también aquella que más a menudo se evoca cuando se aborda este tema, consiste en la considerable distancia que en muchos casos puede hallarse entre lo prometido por un candidato durante el período preelectoral y los efectivamente llevado a cabo durante su mandato. Para los argentinos, por ejemplo, en las notables contradicciones que pudieron observarse entre el discurso del candidato

Menem —basado en el “salariozo”, la reactivación del mercado interno y la creación de un supuesto capitalismo social— y las medidas netamente neoliberales que adoptara más tarde.

Sin embargo, aunque esto pueda resultar insólito para quienes tienen una visión sofisticada de la política, las indagaciones realizadas pocos meses antes de las elecciones presidenciales pasadas prueban que la ciudadanía no tenía en ese momento prácticamente ningún conocimiento del programa que Kirchner se proponía aplicar. Sólo sabían, de un manera por demás borrosa, que su provincia era próspera, que había sido un buen gobernador, que había entrado en conflicto con Menem antes de la asunción de De la Rúa y que su esposa era una dirigente política de notable franqueza.

Del único candidato acerca del cual creían tener alguna idea de su programa era de Menem y ésta, por otra parte, giraba en torno a la fantasiosa tesis de que tenía el apoyo irrestricto de los EEUU y de que, en caso de asumir, repondría la ley de convertibilidad de tal manera que un peso volvería a cotizarse a un dólar.

Luego, para el caso aquí escogido, no tiene demasiado sentido examinar cómo logró Kirchner hacer política con su discurso preelectoral ya que si él tuvo en algún momento un programa éste no fue ni siquiera considerado por quienes lo votaron. Dicho de otra manera, si por hacer política desde la comunicación nos imaginamos un proceso por el cual un dirigente logra movilizar a la masa en torno a un nuevo proyecto de país y hacerse así del poder, éste no es de ninguna manera el caso.

Semejante conclusión es coherente con los datos históricos, electorales y de las encuestas. Kirchner logró ocupar el segundo puesto en la primera vuelta porque inspiraba a algunos votantes mayor confianza, porque no parecía un “viejo político” como Rodríguez Saá, porque tenía el apoyo de Duhalde y porque era un claro antagonista de Menem. En la segunda vuelta, de una manera aún más clara, iba a ser nominado para evitar el retorno de Menem.

El caso de Kirchner, por otra parte, no es algo excepcional; también se repitió en muchos aspectos con De la Rúa, un candidato del cual se conocían pocas propuestas —todas muy genéricas como que iba a terminar con la corrupción— y en especial que, gracias a la alianza entre la UCR y el FREPASO, tenía alguna chance de vencer a los herederos del

menemismo, a quienes se reprochaba haber condenado al país a padecer una alta tasa de desempleo y ser un peón del FMI.

¿Cómo se manifiesta entonces la brecha, y la relación, entre comunicación y acción política en el caso de Kirchner? A mi juicio, ésta gira en torno a su estrategia comunicacional que ha consistido en iniciar su gestión adoptando líneas de acción de bajo riesgo inmediato y de alto grado de consenso. Tomando decisiones que le permitieran conservar e incrementar el elevado nivel de popularidad que suele otorgarse a todo Presidente durante la “luna de miel” evitando pronunciarse sobre temas más riesgosos y más controvertidos tales como iniciar negociaciones con los acreedores externos o sobre los aumentos de tarifas de los servicios públicos.

Según se expusiera en páginas anteriores, las líneas de acción adoptadas por la nueva administración han girado en torno al desplazamiento de hombres odiados, ajustes de cuentas históricas y, en buena medida, de postergaciones presentadas como gestos de resistencia frente al *stablishment*.

En el caso económicamente más “duro”, de mayor riesgo, que es el del FMI, su *marketing* ha consistido en continuar negociando mientras amenazaba con romper con este organismo. Pero esta línea de acción —obviamente ambigua— ha coincidido hasta ahora con las actitudes también ambiguas de la ciudadanía.

Cabe formular algunas aclaraciones acerca de esta estrategia. La primera de ellas es que dichas acciones —si bien de bajo riesgo— también han tenido en ciertos segmentos de la población consecuencias negativas para la imagen del gobierno. Como ya se viera no todos creen factible aislarse de los EEUU o crecer exclusivamente sobre la base del ahorro interno.

En segundo lugar, varias de esas líneas de acción pueden generar expectativas acerca de la “ideología” de Kirchner, que más tarde resultarán difíciles de revertir sin provocar la decepción del electorado. Su discurso “izquierdista” y anti-FMI, por ejemplo, puede hacerle muy difícil poner en marcha en el futuro las medidas de control de gastos que ese organismo reclama y, eventualmente, volver a pagar a nuestros acreedores externos concediendo quitas inferiores al 75%.

En tercer lugar, también se observan líneas de acción —inicialmente muy exitosas— que pueden crear expectativas sobre cambios radicales de la vida social que más que probablemente se frustrarán debido a que los tiempos de la justicia o de la burocracia difícilmente coincidan con los tiempos de la ciudadanía. Un buen ejemplo de esto son los juicios en torno a las coimas del Senado o el tema por demás candente de la represión de los secuestros.

Pero todos los peligros anteriores no significan que la estrategia de Kirchner sea irracional o, visto desde otro ángulo, necesariamente mentirosa. De hecho, para el receptor ésta es una estrategia comunicacional especialmente creíble puesto que sus mensajes han consistido fundamentalmente en sus acciones. Intuitivamente, su manera de hacer comunicación desde la política es la más adecuada cuando se opera en un ámbito que no se caracteriza justamente por la credibilidad de los políticos ni por la satisfacción de la gente con sus niveles de vida y de seguridad.

Esa estrategia le ha servido para acumular popularidad entre la gente —y por ende también poder— con el fin de, por lo menos, mantener a raya a los factores de poder —especialmente a los parlamentarios, gobernadores y medios— y a la vez a ganar tiempo.

Observemos que ganar tiempo de manera activa corresponde a una dimensión esencial de la vida política en tanto permite llevar a cabo aquellas tareas preparatorias que son imprescindibles para enfrentar con éxito los problemas mayores, los de mayor riesgo y/o de menor consenso. Su función es disciplinar y probar al núcleo íntimo de colaboradores y, eventualmente, sustituir los operadores ineficientes o desleales por otros; establecer alianzas con aquellos sectores sociales que pueden apoyar una línea de acción y, paralelamente, aislar a sus posibles opositores a ella.

El tiempo también sirve para acumular información crítica, a la cual normalmente no suele tener acceso una nueva administración, planificar posibles soluciones y también acopiar recursos. Incluso, el ganar tiempo hace posible elegir mejores circunstancias para abrir un frente de conflicto y, en ciertos casos, obtener el beneficio inesperado de que los problemas se resuelvan por sí solos, por lo menos en parte.

Naturalmente, ganar tiempo no es lo mismo que incurrir en cualquier tipo de postergaciones; supone demorar la acción en circunstancias en que el ciudadano confía en

que los problemas que le aquejan se van a solucionar en algún momento futuro y que éstos no tiendan a agravarse debido a algún círculo vicioso.

Cabe destacar que el peso que aquí se otorga al ganar tiempo contradice la afirmación de que “todo ejercicio del poder desgasta” la cual sugiere algo que es falso: que todos los problemas políticos están sujetos a un proceso de retroalimentación negativa o bien, que la ciudadanía es insaciable e ingrata. Por el contrario, lo razonable es pensar que la pervivencia de un régimen cualquiera—incluso el ilegítimo—contribuirá a la articulación de “intereses creados” en torno a él y al desaliento a sus opositores.

El breve período de la Presidencia de Duhalde es rico en casos ejemplares de postergación tanto como de decisiones trascendentes tomadas de la noche a la mañana. En gran medida, en los pocos meses que él ocupara la Primera Magistratura, fue el paso del tiempo lo que desactivó a las protestas de los ahorristas y quebró al movimiento piquetero en un ala dura y otra blanda. Inclusive, el cuidado que puso en reiterar que su gobierno era estrictamente provisional contribuyó a legitimarlo en un momento en que todos los políticos resultaban despreciables.

## **8. Las promesas implícitas**

La ausencia de una propuesta preelectoral conocida por la ciudadanía no significa que Presidente Kirchner no sea evaluado por los ciudadanos en términos de compromisos y realizaciones. Más allá de cualquier promesa explícita que un político pueda haber formulado, siempre operarán regulando el juicio de la opinión pública hacia sus gobernantes un cúmulo de promesas implícitas tanto o más importantes que las anteriores. Promesas que todas las autoridades están obligadas a cumplir por el mero hecho de haber sido elegidas mediante el voto popular y cuya formulación pueden encontrarse en el texto de la Constitución.

En todo momento el elector dará por sentado que las autoridades nacionales—y también, a menudo, las provinciales— a cambio del pago de impuestos y le proporcionará cosas tales servicios públicos básicos, jubilaciones “dignas” y oportunidades de empleo con remuneración acorde a su nivel de calificación laboral.

Estamos aquí ante lo que podría denominarse como una “paradoja estructural” de la sociedad democrática. En este tipo de comunidad, si bien los niveles de ingresos y de empleo están fundamentalmente determinados por el mercado, por las decisiones de capitalistas privados, ello no quita que la ciudadanía haga responsable al gobierno de turno de su bienestar material.

Entre las pocas teorías sobre la conducta política de la gente que pueden reclamar tener un verdadero fundamento empírico sólido, es decir, haber sido verificada en una gran variedad de ocasiones y casos, se encuentra hoy la teoría de la responsabilidad del voto.<sup>1</sup> De acuerdo a ella el factor de mayor peso —el que explica la mayor proporción de la variancia según la estadística— en la determinación del voto en cualquier contienda electoral nacional son los rendimientos en materia de bienestar colectivo registrados por los votantes hacia el momento de los comicios.<sup>2</sup>

Lo dicho quiere decir que, en general, se votará al candidato del oficialismo si la economía marchó bien bajo la administración saliente y, caso contrario, se elegirá algún candidato de la oposición. Dos indicadores son especialmente predictivos del resultado de los comicios: el nivel de empleo y la tasa de inflación; si bien la relación entre ellos y el resultado electoral es compleja debido a que en momentos de alta inflación el elector tolera mejor a tasas de ocupación bajas.

La adecuación de los procesos electorales a dicho modelo se relaciona estrechamente con muchos rasgos de la vida política argentina registrados en las últimas décadas con la rutinización de la democracia. Me refiero a la volatilidad del voto, la emergencia de “voto cuota” y del “voto bronca”, el deterioro de las identidades partidarias y un fenómeno que podríamos denominar como de “enfriamiento” del discurso político. Cabe señalar que en un universo en el cual los votantes eligen sobre todo en función de la coyuntura económica los liderazgos carismáticos o los caudillismos tradicionales tienen márgenes de existencia tan reducidos como precarios.

Se deduce de lo anterior que las promesas implícitas en relación con el bienestar material tienen prioridad **en el largo plazo** sobre las promesas específicas que sobre aquellas promesas más “ideológicas” que un candidato puede haber formulado. Esto es lo que sucediera con Menem: luego de que éste lograra en pocos meses erradicar la

hiperinflación y que el país retomara la senda del crecimiento económico e incremento del empleo después del año 1991 la gente decidió votarlo una y otra vez a despecho de que sus actos políticos no tuvieran nada en común con su programa preelectoral.

La teoría de la responsabilidad del voto cuyas hipótesis son también válidas para las variaciones de los índices de popularidad implica, pues, que los ciudadanos son “tomadores” de resultados más que de proyectos, si bien ellos normalmente pueden llegar a aceptar sus promesas, especialmente hacia el comienzo de una gestión, durante un cierto período de tiempo.

Aún a riesgo de parecer partidario de la teoría racional de las decisiones políticas, que no lo soy, puede compararse a la actitud de la ciudadanía hacia el Presidente durante la luna de miel con las obligaciones financieras. El receptor de una promesas nos prestará algo — en este caso, obediencia a la autoridad— a cambio de que fijemos un plazo para el vencimiento de la deuda que hemos contraído. A la manera de un banco internacional como el FMI, también controlará nuestra conducta, exigirá rendiciones de cuentas y pagos parciales y, eventualmente, también contratará asesores externos tales como periodistas para monitorearnos mejor.

La promesa es un crédito de credibilidad y, como todo crédito tiene un período de gracia y plazos de vencimientos parciales y final. A cambio de ese crédito el gobernante recibe en una democracia rutinizada, por lo menos, la aceptación pasiva de sus dictámenes. Esa aceptación es lo que permite al gobernante, como ya se dijera, ganar tiempo.

La promesa remite a la confianza, no es ilusión, no es inducción débil ni tampoco es familiaridad. El receptor de una promesa no da por sentado que todo se solucionará inexorablemente; tampoco supone que las cosas funcionarán como está acostumbrado a verlas funcionar en su ámbito cotidiano. El receptor de una promesa asume un riesgo a sabiendas tal como lo señalaran Luhmann y Giddens<sup>3</sup>. Si bien es verdad que un crédito tiene siempre un componente de fe, como dijera Simmel, en este caso no se trata de una fe ciega.<sup>4</sup>

Señalemos, para terminar con esta porción del trabajo, tres características de los créditos de credibilidad. La primera de ellas es que los ciudadanos tienen una visión intuitiva —tal vez vaga pero no por ello carente de peso en la dinámica de la opinión pública— acerca de

cuáles problemas pueden tener una solución rápida y cuáles suponen mayores demoras y también mayores dificultades. Los entrevistados saben bien que hasta ahora no se han producido —ni se producirán en un futuro inmediato— grandes mejorías en el terreno del empleo pero ello no ha afectado en absoluto el nivel de popularidad de Kirchner. Luego, el crédito de credibilidad otorgado en este caso tiene plazos de gracia más extensos.

La segunda característica es que algunos hechos de gran repercusión pública, como por ejemplo los secuestros de algún notable o delitos particularmente aberrantes, pueden acortar los plazos e incluso empujar a la gente a, por así decirlo, a reclamar un “pago” inmediato del monto de lo adeudado tal como está sucediendo al momento de redactar este trabajo como el caso Blumberg.

La tercera y última observación que debo hacer es que las obligaciones implícitas que se supone que debe satisfacer un gobierno no son fijas. Están relacionadas con un estándar que puede subir o bajar en función de las circunstancias, normalmente dependen de las condiciones vigentes al momento de iniciarse una administración. En una coyuntura con altas tasas de desocupación —como sucede ahora— muy pocos entrevistados dirán que el principal problema son los bajos salarios.

## 9. Algunas conclusiones

La separación, así como el vínculo, existente entre comunicación y acción política —o entre marketing político y intervención pública, si se quiere— es mucho más variado y complejo que la mera oposición entre discursos preelectorales y gestión.

En el caso de Kirchner, como esperamos haber probado en esta nota, no nos encontramos con un discurso previo, con un proyecto de país, que ganó la adhesión de los votantes y cuya realización explique su muy alta popularidad durante los primeros meses de su gestión. Por el contrario, tenemos el caso de un dirigente que llega a presidencia por una conjunción de motivos que escaparon en gran medida a su control pero que logra ganarse el favor de la población después de asumir gracias al crédito de credibilidad que supone la luna de miel y a un conjunto de medidas políticas de bajo riesgo y alta popularidad adoptadas en rápida seguidilla, con suma audacia y mucha sensibilidad hacia el estado de la opinión pública.



Por otra parte, también se expuso —a manera de conjetura cuya validez deberá probarse en el largo plazo— que dicha ausencia de promesas conocidas por la ciudadanía puede tener en este caso una importancia relativa. En la Argentina de hoy las promesas “implícitas” que atan a todo Presidente, las relacionadas con el bienestar material de la población y la provisión de servicios públicos aceptables, son el gran desafío para la nueva administración como fuera terminar con la hiperinflación para Menem o disminuir, o subsidiar, el desempleo para De la Rúa.

Obviamente, lidiar con dichos problemas “estructurales” implicará enfrentarse a *issues* de alto riesgo y bajo consenso cuyos efectos sobre el nivel de popularidad de Kirchner son imprevisibles y difícilmente sean calificados positivamente por todos como sucediera con las medidas adoptadas por éste durante sus primeros diez meses de gestión.

De ninguna manera estoy pronosticando la trivialidad de que en un futuro próximo la popularidad del Presidente descenderá. Ello pasa siempre por el mero hecho de que es más que improbable que los tiempos de la ciudadanía en una situación de crisis endémica coincidan con los tiempos que se requieren para llevar a cabo tareas tan complejas como generar nuevos empleos, erradicar la corrupción policial, contener al delito o resolver problemas tales como el buen funcionamiento de los servicios de electricidad y gas.

Lo que estoy diciendo es que en un futuro inmediato el baricentro de la opinión pública se desplazará progresivamente desde aquellas iniciativas que Kirchner adoptara espontáneamente hacia las respuestas que él y sus colaboradores vayan dando a acontecimientos “externos” generados por el mercado y otros actores políticos y a los resultados de aquellas. También que la evaluación de la ciudadanía hacia temas tales como la actitud de la nueva administración con respecto a los derechos humanos o el abandono de las “relaciones carnales” con los EEUU, estará cada vez más asociado o correlacionado —aunque ello parezca un absurdo a los observadores proclives a interpretar ideológicamente a los procesos políticos— con la apreciación que ella efectúe del grado de cumplimiento de las promesas implícitas.

Los supuestos de esos pronósticos son que, como ya se dijera, los ciudadanos son sobre todo “tomadores de resultados”, que sus demandas están organizadas en función de una escala de prioridades y que disponen de los medios perceptivos y cognitivos necesarios

para evaluar en qué medida se están cumpliendo sus expectativas con respecto al bienestar colectivo. Se trata, pues, de una representación del hombre de la calle de nuestros días, y por ende, del receptor de los mensajes políticos, que deja poco margen para hablar de efectos atómicos de la comunicación.

Un corolario de lo antes dicho es que la interpretación de los procesos comunicacionales en política requiere mucho más que modelos tomados en préstamo de la lingüística estructural o de los recetarios a los cuales suelen apelar los expertos en marketing político. Supone considerar tanto la estructura de los mensajes como los procesos de recepción de aquellos así como también el escenario político y la coyuntura económica en cuál aquellos tienen lugar.

Buenos Aires, abril de 2004.

---

<sup>1</sup>Ver al respecto, Michael S. Lewis-Beck, *Economics & Elections* (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1988)

<sup>2</sup>Aclaremos que se trata de una elección nacional, dado que el modelo se ajusta mal a situaciones locales tales como la elección de un Gobernador.

<sup>3</sup>Niklas Luhmann, *Confianza* (México, Antrophos, 1996) y Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity* (California, Stanford University Press, 1990)

<sup>4</sup>Georg Simmel, *Sociología* (Madrid, Revista de Occidente, 1977)